

ARISTÓTELES-OCKHAM: EL "GIRO" COPERNICANO PRE-MODERNO

Tabakian, Diego / Universidad de Buenos Aires

I. Introducción

La conceptualización aristotélica del triángulo semántico ha constituido para la tradición medieval la visión paradigmática de la relación pensamiento-lenguaje-realidad. En el presente trabajo me propongo elucidar las líneas de continuidad y ruptura entre dicha tradición y el pensamiento ockhamista, con el fin de revelar que el segundo constituye una suerte de preludio al "giro copernicano", puesto que supone una subjetividad activa en el conocimiento.

II.

En *De Interpretatione* Aristóteles lleva a cabo un análisis del discurso declarativo como portador de verdad. En esta primera parte, me dedicaré a comentar los elementos y las relaciones involucrados en la significación (Aristóteles, *De Int.*: 16a3-8):

- (1) Las expresiones orales son *símbolos* de las afecciones del alma.
- (2) Las expresiones escritas son *símbolos* de las expresiones orales.
- (3) Las palabras escritas no son las mismas para todos.
- (4) Las expresiones orales no son las mismas para todos.
- (5) Las expresiones orales son, por sobre todo, *signos* de las afecciones del alma.
- (6) Las afecciones del alma, que son *imágenes* de las cosas, son las mismas para todos.
- (7) Los objetos son los mismos para todos.

¿En qué consiste el carácter simbólico de (1) y (2)? Aristóteles afirma que una expresión oral es a una afección del alma lo que una expresión escrita a una oral. Si comparamos ambas relaciones, podemos observar que la palabra oral "hombre"

representa a su imagen mental correlativa en otro medio (el sonoro), mientras que la palabra escrita “hombre” representa la palabra sonora en otro medio (el escrito). En otras palabras, “X” es un símbolo de “Y” si lo representa en un medio diferente

La escritura es una traducción o codificación de la palabra oral, que a su vez traduce o codifica el pensamiento. Así como hay una correlación o correspondencia estructural y de elementos entre lenguaje escrito y oral, otro tanto ocurre entre el lenguaje hablado y el pensamiento. Las palabras expresadas en la voz “derivan” de los objetos presente en el pensamiento, es decir, depende de éstos como sus condiciones (Aristóteles, *De int.* 23a32-33). Por lo tanto, el denominado *isomorfismo pensamiento-lenguaje* consiste en que el lenguaje refleja la estructura del pensamiento. Los nombres y verbos representan –son símbolos- de los conceptos de los que se sirve la mente para pensar (Aristóteles, *De Int.* 16a13-14). Los enunciados, por su parte, reflejan las proposiciones (conceptos unidos por la mente); son símbolos de juicios.

En *Refutaciones Sofísticas* 165a6-8, Aristóteles afirma que no es posible conversar trayendo los objetos en sí mismos, sino que en su lugar usamos las palabras como símbolos (tokens). De ello se sigue la definición propuesta de símbolo: cuando, en determinadas circunstancias, un ítem “Y” (objeto) no puede utilizarse para ciertos fines (conversar), y usamos otro ítem “X” (palabras) en su lugar, entonces se emplea el segundo como un símbolo del primero. Otro tanto ocurre con las palabras escritas.

(3) y (4) destacan que el lenguaje, en su realización concreta, se presenta en una variedad de lenguas, cuya relación simbólica con el pensamiento es convencional. Sin embargo, la relación simbólica no es arbitraria: en la medida que la función del lenguaje es expresar el pensamiento, se encuentra articulado a-priori en su morfología esencial para cumplir dicho fin. En tanto fenómeno derivado del pensamiento debe constituir en sus estructuras una perfecta correlación de aquel. Las estructuras universales y constitutivas del pensamiento, idénticas para todos (6), se reflejan en la morfología esencial y común a todas las lenguas. El carácter convencional del lenguaje no afecta la universalidad y la objetividad de la expresión del pensamiento.

Pero, por otro lado, dicha convencionalidad es esencial al símbolo. En *De Int.* 16a28, Aristóteles señala que ningún nombre es una voz significativa por naturaleza. Los sonidos inarticulados de los animales son significativos, pero no son nombres porque derivan de la sensibilidad y no del pensamiento. Las voces resultan símbolos cuando significan *por convención* un concepto.

Las expresiones orales, además de ser símbolos, son signos de las afecciones del alma (5). Este doble carácter puede explicarse desde dos perspectivas diferentes. Dijimos anteriormente que el lenguaje es el correlato del pensamiento y su vehículo de manifestación. Esta relación puede verse desde el pensamiento, en cuyo caso la voz significativa consiste en un derivado de aquel (un símbolo); o puede verse desde la perspectiva del lenguaje mismo, en cuyo caso se trata de un signo, una entidad lingüística que refiere a una afección del alma. En síntesis, el signo consiste en la voz articulada y significativa que mantiene una relación referencial con las afecciones del alma, las cuales le confieren su significatividad.

Respecto de (6), Primero: ¿Qué significa que las afecciones del alma son imágenes de las cosas? Segundo: ¿Por qué son las mismas para todos? En *De Anima* 418a4-5, Aristóteles afirma que, si bien la facultad de percibir no es semejante al objeto percibido, cuando es afectada por éste acaba por asemejarsele. En 429a10-16 y 429a23, dice que pensar es como percibir, puesto que pensar consiste en ser afectado por lo pensado. El intelecto es capaz de recibir la forma de lo que es pensado y, en consecuencia, es potencialmente como ella.

Los objetos, los mismos para todos (7) e independientes de la mente, son la causa del proceso por el cual las afecciones del alma devienen semejantes a ellos. En la medida que el proceso de formación de afecciones parte de los objetos mismos, todos tenemos los mismos conceptos, lo cual implica que la semejanza es una relación natural.

Sin embargo, cabe destacar, las afecciones del alma no comprenden sólo ni principalmente conceptos. Como destaca Bordoni, *pathémata* señala primariamente las formas del pensamiento, esto es, la estructura proposicional en que dichos conceptos aparecen.

Las afecciones del alma como “semejanzas” no consistirían en “imágenes” o “íconos”, sino representaciones o traducciones en el pensamiento de la estructura en la que se hallan las cosas mismas. En otras palabras, dichas afecciones no

consistirían sólo en representaciones de objetos puntuales, sino también de las estructuras en las que ellos aparecen relacionados. El pensamiento se estructura vinculándose con la realidad y adoptando la forma de ésta, lo que implica que la relación de “traducción” se da también entre pensamiento y realidad.

De este modo, tiene completo sentido afirmar que los enunciados son signos que se corresponden con afirmaciones en el alma, que a su vez son imágenes de los objetos. Dichos objetos constituyen recíprocamente la causa de la afección en el pensamiento, la cual es expresada simbólicamente en el enunciado.

III.

Para comprender la posición del propio Ockham en torno a la tríada lenguaje-pensamiento-realidad es necesario explicar su crítica a las teorías de la representación, que se fundan en los desarrollos aristotélicos¹. Sin entrar en detalle, podríamos decir que Ockham critica que, entendiendo al signo como imagen, se cae en una circularidad gnoseológica. Para que el signo sea una imagen de algo –es decir, para que la relación que une la cosa significativa con la cosa significada sea de causalidad o semejanza- es necesario conocer primero ese algo. Los signos “recordativos” funcionan como un recuerdo o invocación de un conocimiento ya adquirido con anterioridad. De este modo, la estatua de Hércules no me hará pensar más que en Sócrates si nunca he visto al propio Hércules. El conocimiento del representante no puede conducir al conocimiento de aquel si no es él mismo ya conocido (*Comentario a las Sentencias* II, 9-13).

En esta línea, habría un “argumento del tercer hombre” aplicado contra los representacionistas: no se puede dar cuenta del conocimiento postulando un intermediario entre el intelecto y el objeto, porque ese intermediario debería ser él mismo conocido por otro intermediario, y así. El recurso a intermediarios es circular.

Esta dificultad obliga a pensar una noción alternativa del concepto en tanto signo. Ockham concibe a los conceptos mentales como signos lingüísticos, es decir, identifica estructuralmente los planos del pensamiento y el lenguaje. A su vez,

¹ Uno de sus máximos exponentes es Tomas de Aquino. La propia teoría ockhamista del *fictum* también caería en la crítica.

piensa los conceptos como actos mentales: consisten en un puro acto de referir que presenta al objeto en sí mismo. Pero, cabe destacar, el concepto no presupone un conocimiento previo de su objeto, a la manera de los signos recordativos; más bien es un *término proposicional*, capaz de reemplazar al objeto dentro de una proposición mental. Esta función específica de los signos mentales es denominada *suposición*. Aunque Ockham no lo diga explícitamente, podemos afirmar que es en virtud de dicha función que los pensamientos refieren intencionalmente a los objetos extramentales.

Con esta conceptualización, Ockham realiza una transformación del concepto de “signo” para no quedar atrapado bajo la aureola de los signos recordativos. Sin embargo, podría preguntarse si tal conceptualización es viable. El caso de los sincategorémas muestra claramente el funcionamiento de los signos así entendidos. Ellos contribuyen a la significación o al funcionamiento de los elementos estrictamente significativos de la frase, y de la frase misma, sin abstraerse de ningún correlato real al cual se asemejen. Los sincategoremas forman parte de un todo más amplio –la proposición– la cual refiere a los objetos extramentales.

Aquí conviene detenerse en los elementos aristotélicos que perviven en el pensamiento ockhamista. Si bien Ockham es el primero en concebir a los conceptos como signos lingüísticos y a los pensamientos como proposiciones, el isomorfismo entre los planos es sostenido por primera vez por Aristóteles. La diferencia entre ambos, como veremos, es que la significación en el primero es principalmente mental y secundariamente –por “subordinación”– lingüística. En cambio, para el segundo, las palabras significan indirectamente las cosas mediante los conceptos.

Por otro lado, para el Estagirita los conceptos son productos que surgen en la mente de forma natural al encontrarse con los objetos en el mundo. Para Ockham, los conceptos también significan naturalmente: el encuentro de la mente con el ejemplar de una clase nos proporciona la aprehensión del concepto correspondiente a la clase. El contenido del concepto no es una imagen difusa universal sino su extensión. Mi concepto de “hombre” refiere a todos los hombres indiferentemente. Lo que determina la extensión del concepto son dos relaciones externas: la cosa singular que causó el concepto y las semejanzas entre los individuos de la misma clase.

Contrariamente el lenguaje hablado y escrito es, para ambos filósofos, convencional. Si bien para Ockham el lenguaje no es un fenómeno derivado del pensamiento y no significa conceptos sino las cosas mismas, no significa independientemente de los conceptos. La dependencia semántica que liga las palabras a los conceptos es denominada “subordinación”. Éstas son introducidas mediante un acto de institución convencional, heredando así la significación de los conceptos. En otras palabras, heredan la capacidad de suponer por la cosa correspondiente. Este proceso vuelve a repetirse en el caso del lenguaje escrito.

Por otro lado, Ockham, al igual que Aristóteles, sostiene un isomorfismo lógico entre el pensamiento y la realidad. Al atribuir a los sincategoremas el status de signos naturales, afirma el status proposicional del lenguaje mental, el cual es identificado con la forma de objetivación de la experiencia. Tal forma proposicional de representación requiere que la estructura de representación de la realidad (el lenguaje mental en este caso) y la estructura de la realidad (el mundo) sean isomórficas. Los sincategoremas son signos naturales significativos en la medida en que contribuyen a la significación de la estructura mental proposicional y reproducen en ella, de algún modo, la estructura lógica del mundo.

A pesar de toda la deuda con el aristotelismo, la propia visión de Ockham del isomorfismo entre el lenguaje y el pensamiento le permite realizar cierto “giro copernicano” respecto del propio Aristóteles y de la traición inspirada en él. Como vimos, la posición aristotélica representa la clásica relación de conocimiento en la que el papel del sujeto es pasivo. El pensamiento se limita a reflejar la estructura de la realidad y a captar las formas de las cosas. En el presente trabajo, por cuestiones de extensión, no desarrollo las posiciones representacionistas inspiradas en Aristóteles. Especialmente Santo Tomas es quien piensa la relación entre intelecto agente y paciente, y elabora una noción de “intencionalidad”. Escuetamente podemos decir que el vocablo “intención” expresa la acción y el efecto de tender hacia algo. Ningún conocimiento actual es posible si no hay una “intención”. La intención es el acto del entendimiento dirigido al conocimiento de un objeto. Para Santo Tomas, estos actos se dirigen primeramente a los conceptos, los cuales son semejanzas de los objetos y el medio por el cual éstos son conocidos. Como vimos, Ockham critica esta visión y propone entender la intencionalidad en términos de un acto que, sin intermediarios, presentifica al objeto.

El “papel activo” del sujeto ockahmista se manifiesta en la intencionalidad directa y en el papel que los conceptos tienen en tanto actos-signos mentales. Los conceptos universales son paradigmáticos al respecto, puesto que son signos que refieren colectivamente a entidades individuales. En otras palabras, lo real es estrictamente individual pero el intelecto produce conceptos universales capaces de suponer por cualquier individuo en las proposiciones mentales. El intelecto no se limita a recibir *noticias intuitivas* de los objetos –influencia inevitable del objeto en el sujeto cognoscente-, sino que él mismo es activo al conocer, puesto que produce actos mentales que posibilitan el conocimiento.

Aunque lo real se reduzca a lo individual, Ockham afirma, siguiendo a Aristóteles, que la ciencia es ciencia de lo general en tanto que lo general supone por lo particular. En otras palabras, la ciencia versa sobre universales, en tanto éstos representan a los individuos. Podemos decir, entonces, que el que la ciencia sea *de* lo general indica que no es *sobre* lo general: el hecho de que la ciencia esté constituida por proposiciones universales no quiere decir que tales proposiciones sean el objeto de la ciencia. Los universales y las proposiciones que los incluyen “están en lugar” de los individuos.

Concluyendo, podemos afirmar que el pensamiento de Ockham insinúa una suerte de “giro copernicano” dentro del pensamiento medieval. Las bases para dicho giro están asentadas en el pensamiento aristotélico, el cual postula un isomorfismo entre los planos del pensar, el decir y el ser. Las teorías representacionistas, inspiradas en Aristóteles, proponen cierta actividad del sujeto mediante las conceptualizaciones de los intelectos agente y paciente y la noción de intencionalidad, pero yerran al hacer del concepto un contenido representacional por el cual se inteligen las cosas.

Bibliografía

- Bordoni, G. S. (1994). *Linguaggio e realtà in Aristotele*, Bari: Laterza.
- Crivelli, P. (2004). *Aristotle on Truth*, Cambridge: Cambridge University Press.
- De Andrés, T. (1969). *El nominalismo de Guillermo de Ockham como filosofía del lenguaje*, Madrid: Gredos.
- Kretzman, N. (1974). "Aristotle on Spoken Sound Significant By Convention". En Corcoran John (ed.), *Ancient Logic and its modern interpretations*. (pp.3-21). Dordrech: Reidel.
- Michon, C. (2011). "Introducción". En AAVV, *Modulo de Bibliografía* (pp. 23-40). Buenos Aires: OPFYL.
- Panaccio, C. (2011). "El Externalismo de Ockham". En AAVV, *Modulo de Bibliografía* (pp. 91-108). Buenos Aires: OPFYL.
- Tabarroni, A. (1989). "Signos mentales y teoría de la representación en Ockham". En AAVV, *Modulo de Bibliografía* (pp. 41-61). Buenos Aires: OPFYL.